

editorial**foc**

En Editorial Foc nos mueve la convicción de que la literatura sólo sucede contigo, así que queremos agradecerte que hayas decidido compartir tu tiempo de lectura con nosotros. Deseamos que encuentres en esta obra todo aquello que nos impulsó a editarla y que, cuando llegue la última página, te apetezca recomendarla y saber más de nosotros y nuestros títulos. Te esperamos en www.editorialfoc.me. Gracias por leer.

Por lo demás nos reservamos todos los derechos y prohibimos cualquier tipo de reproducción, completa o parcial, de la obra sin la autorización de los titulares del copyright que, con mucho gusto, te contestarán en info@editorialfoc.me.

ISBN: 978-84-15634-03-4

©Miguel Vidal Perelló, 2012

© Editorial Foc S.L, 2012

Diseño de Cubierta: Sandra García

EL REPORTERO DEL OLIMPO

A todos aquellos que aspiran a convertirse en reporteros, un noble y difícil oficio en vías de extinción desde que los periódicos prefieren ofrecer a sus lectores cromos en vez de reportajes.

A todos los que me lo pusieron fácil porque me ayudaron a seguir.

A los que no fueron amables porque me obligaron a superarme.

Principalmente a mi familia, como pequeña compensación por todo el tiempo que no pasé a su lado.

LOS INICIOS

<<¿Qué querría hacer usted si finalmente decidimos contratarle?>> Don Luis González de Linares me había hecho la pregunta con aparente interés, remarcando mucho las palabras, sintiendo curiosidad por lo que iba a responderle. Asesorado por Rafael Gómez Redondo "Rienzi", que iba a ser el subdirector del nuevo periódico, mantenía una serie de entrevistas con aspirantes a abrirse camino en el periodismo en su despacho de paredes forradas de madera noble. Un despacho con un enorme ventanal sobre la madrileña Cuesta de San Vicente. <<¿Yo?... Reportajes, y si son en el extranjero, mejor.>> le contesté con aplomo, y aquello pareció gustarle porque quedé contratado en el acto. Aún faltaban unos días para que el *Diario AS*, que así iba a llamarse la publicación, saliera por primera vez a la calle. Cuando el 6 de diciembre de 1967 salió a la calle el primer número el director me encargó un trabajo que me hizo temblar de emoción:

—Presénteme una relación de posibles reportajes por Europa y hágame un presupuesto. Vamos a ver qué se puede hacer...

El señor González de Linares dio por concluida la entrevista. Cuando salí a la calle empecé a dar saltos de alegría. Incluso entré a tomarme una cerveza en una cafetería. Mi cabeza trabajaba a toda velocidad. Tenía ante mí la posibilidad de comenzar a ver realizados algunos viejos sueños de adolescencia cuando, en Mallorca, me pasaba horas y horas intentando imaginarme cómo serían en persona ciertos ídolos. Garabateé nombres y lugares en una servilleta. Me temblaba la mano: Luis Suárez, Helenio Herrera, Milán, Luis Del Sol, Turín, Franz Beckenbauer, "Torpedo" Müller, Munich, Matt Busby, Bobby Charlton, George Best, Manchester, Bobby Moore, Londres... Una cosa tenía clara: quería empezar en Italia y con las figuras españolas que triunfaban allí. Después iría subiendo por el mapa como quien sube por una escalera que no sabe a dónde conduce. ¿Presupuesto? No tenía ni idea. Apunté 90.000 pesetas, billete de avión Madrid-Milán incluido. Cuando lo vio Rienzi sólo dijo: <<Espero que te lleves un peine y un cepillo de dientes. A mí me parece que es poco dinero... pero allá tú.>>

Tenía razón, fue poco dinero. Cuando estuve en Londres no pude volver a Madrid en avión y tuve que hacerlo en tren. Después de pagar el billete, todo mi capital se reducía a una ficha de teléfono. De teléfono inglés. Me acordé de mi llegada a Madrid un año antes también con una ficha de teléfono en el bolsillo, en aquel caso española, pero igualmente

con una mano delante y otra detrás. Es decir sin nada en el bolsillo pero lleno de ganas e ilusión por hacerlo todo.

Mis inicios bien pueden comenzar en Madrid, una tarde de octubre de 1966 en la que, sin saber cómo, me vi dentro del estadio del Manzanares mirando embozado a un reportero que entrevistaba a un jugador del Atlético de Madrid. Aquel reportero era José María García, entonces en el diario *Pueblo*, y el futbolista, Martínez Jayo. José María García me vio en tan penosa situación que se creyó en la obligación de prestarme dinero. <<Toma, que te veo con cara de hambre>>, me dijo mientras sacaba setecientas pesetas del bolsillo, y era cierto, llevaba varios días sin comer caliente. <<Y busca trabajo en algún periódico, si te gusta esto>> añadió. Pasado un tiempo conseguí mi primer trabajo en *Informaciones*, en el viejo edificio de la calle San Roque, cerca del modesto Hotel Baden Baden donde compartí penuria con un cantante que luego se haría muy famoso y supongo que rico: Alberto Cortez. [...]

[...]En definitiva, campeé los tiempos duros y ahí estaba yo, atravesando en pleno diciembre media Europa para AS. Viajé ese invierno gélido desde Italia a Inglaterra persiguiendo mitos: de Luis Suárez a Franck Beckenbauer pasando por Matt Busby, Bobby Charlton, Dennis Law y a un George Best en su máximo apogeo de juego y fama en el Manchester United. Recuerdo que tuve el placer de cenar con él una noche en un restaurante cerca del mítico estadio de Old Trafford. Al final de la cena tuvo que venir la policía a protegerle de las fans que, poco a poco, se habían acercado al local, cuando corrió la voz de que se encontraba allí el ídolo. <<A mí lo que me gusta es hacer el amor, no jugar al fútbol>> me confesaría en la cena de marras un Best con el que volvería a coincidir apenas dos años después en la Costa del Sol. Ese encuentro fue la primera exclusiva de mi vida. En esa exclusiva George decidió, por su cuenta y riesgo, expresarme su deseo de colgar las botas sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, dejó Manchester con su novia del momento para instalarse a todo tren en el Hotel Meliá Don Pepe de Marbella. Así fue la historia.

Medio centenar de periodistas ingleses y una docena de cámaras de televisión habían acudido al hotel, y el hall parecía una verdadera redacción ambulante. Era tanto el barullo

que alrededor de las tres de la madrugada le propuse a mi compañero fotógrafo, Agustín Vega, vigilar la puerta de servicio. <<Si llega por la puerta principal nos enteraremos, si viene por aquí, le pillamos>>. Mano de santo: a las cuatro de la madrugada hizo su entrada por la puerta de servicio George Best, borracho como una cuba, junto a un amigo barbudo. La estratagema que había utilizado había sido sencilla: al llegar el taxi al cruce de la carretera que conducía al hotel, donde había varios periodistas ingleses apostados haciendo guardia, George Best se dejó caer en el asiento mientras su amigo, que es al único que vieron los colegas, seguía sentado. No sospecharon que en el taxi también viajaba su codiciado objetivo. Cuando le vimos apenas había cruzado la puerta de servicio y Agustín ya había fotografiado con su flash a un Best desconcertado. Entonces me acerqué, le estreché la mano y le recordé la cena de Manchester. <<Ahora estoy muy cansado. Mañana subes a mi habitación a las once y das cinco golpes en la puerta. Será la señal y te abriré...>>, me dijo Best que, además del cansancio, daba evidentes señales de haber empinado el codo más de la cuenta en su alocada visita a las principales discotecas marbellís. En todo caso tenía razón, aquellas no eran horas para entrevistas.

A la mañana siguiente, más bien unas horas más tarde, a las once en punto, Agustín y yo llegamos a la puerta de su habitación, no sin sortear en la escalera algunos periodistas que montaban guardia y que mostraban una actitud disciplente, incrédula, cuando les pedíamos paso para llamar a la puerta. Cuando después de tocar la puerta con la señal convenida ésta se abrió, las caras de sorpresa de mis colegas ingleses eran todo un poema. Corrieron la voz como un reguero de pólvora. <<¡Dos periodistas han entrado en la habitación!>> gritaban, mientras se agolpaban cámaras de televisión, fotógrafos y reporteros frente a la puerta que estábamos cruzando.

George Best estuvo amable y ocurrente mientras nos explicaba su renuncia a seguir siendo profesional del fútbol. Ahí estaba el quid de la cuestión, lo que buscaban desesperadamente los periodistas venidos en tropel desde Manchester y Londres: el anuncio de su adiós definitivo al fútbol que, miren por dónde, publicó AS antes que nadie. <<Tengo tantas novias como granos de arena hay en esta playa... Por eso no quiero seguir sacrificándome como deportista. Dejo el fútbol. Cuando vuelva a Manchester se lo diré oficialmente a los directivos, a Matt Busby y a mis compañeros>> dijo. <<Y, ¿qué harás?>>, le pregunté. <<Nada, divertirme y vivir la vida...>> contestó. [...]



Best y el periodista.

[...] Al llegar al hotel Bayerischen Hoff de la capital bávara nos enteramos que dos plantas del hotel estaban reservadas para Muhammad Alí, un mito del deporte, una estrella gigante por lo que hacía y decía dentro y fuera del ring. Alí estaba allí porque unos días después iba a defender el título de los grandes pesos ante un aspirante poco conocido, el inglés Richard Dunn.

El reto estaba claro tenía que intentar entrevistar al boxeador más mediático del momento, además estaba en el mismo edificio que yo, no se podía huir. Primero tuve que conquistar a Angelo Dundee, su mánager de entonces que, por suerte para mí, era amigo de Fernando Vadillo. Pude acercarme y entablar conversación con él en la barra del bar del hotel. Le dije: <<Si no consigo la entrevista, Vadillo me echa del periódico>>. Sé que la simplona triquiñuela no le impresionó lo más mínimo, con el tiempo he llegado a pensar que ni siquiera le hizo gracia... pero funcionó. Me dio unas instrucciones concisas: <<Vais al entrenamiento del circo Kroner, cuando Muhammad comience el asalto número catorce de

entrenamiento os colocáis tras una cuerda que veréis en el escenario. Allí os buscaré yo.>>

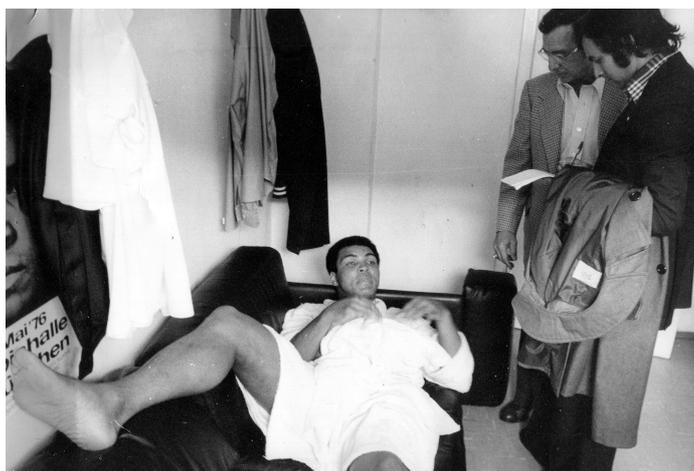
Dicho y hecho. Pedimos un taxi y llegamos al circo Kroner, situado en un teatro en pleno centro de Munich, pagamos los tres marcos cada uno que costaba la localidad para ver entrenar a Muhammad Alí. Agustín hizo fotos de la sesión, que fue todo un espectáculo, y seguimos al pie de la letra las instrucciones de Dundee.

Cada asalto de entrenamiento duraba tres minutos, como en un combate. Al finalizar el décimocuarto estábamos, tal como nos habían dicho, tras las cuerdas del escenario. Allí se habían colocado una docena de fornidos guardaespaldas pero Angelo Dundee nos vio, me dio una palmadita en la espalda y me dijo: <<Ahora viene lo difícil: que Muhammad quiera recibirnos. Depende de como le dé, porque es muy raro que conceda entrevistas individuales. Pero yo se lo voy a pedir, tranquilo. No os mováis de aquí>>. El boxeador pasó por nuestro lado como un obús, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, y se encerró en su vestuario. Nos tocaba esperar. Poco después vino de nuevo Dundee con una sonrisa en el rostro y dijo lo que quería oír: <<Venid, que os espera>>.

Entramos y allí estaba el gran Muhammad Alí, enfundado en una bata blanca y reposando sobre un sofá negro. Tenía el rostro serio, como de pocos amigos. <<Te doy cinco minutos>> espetó, así que decidí aprovechar el tiempo al máximo. <<¿Cómo proclamándose pacifista se dedica usted al deporte más violento que existe?>> Alí se giró y me miró de arriba abajo varias veces, me puse nervioso, mucho, no sabía donde colocarme... Finalmente me dijo, arrastrando bien las palabras <<That is a clever question. You need a clever answer>>, o sea, <<Esta es una pregunta inteligente. Necesitas una respuesta inteligente>>. Aquello parecía divertirle. Tardó más de diez minutos en volver a abrir la boca, finalmente dijo <<Ok.>> y a partir de ahí mantuvimos un diálogo sin premuras de tiempo que el diario AS tuvo en exclusiva. Era difícil entrevistarle, mucho, y también eran muchos los medios que le atacaban diciendo que era imposible hablar con él porque se creía Dios... pero no era así. Conmigo fue sencillamente humano. Sólo me costó quedarme sin almuerzo aquel día para poder entrevistarle.

Para ser sincero, tengo que reconocer que nos ayudó el hecho de que a Muhammad Alí le interesaba que se le diera publicidad a una visita relámpago que iba a hacer a Madrid, una semana después, para promocionar su libro *Yo, el más grande*. El negocio es el negocio. Ahora bien, no basta con estar en el lugar y en el momento adecuado, uno tiene que luchar y trabajar para conseguir lo que quiere. Nunca es fácil, conseguir esta entrevista tampoco lo

fue. De hecho, cuando se lo conté a José María García no se lo creyó, decía que íbamos de farol y me dijo: <<Me juego tres mil duros a que no le habéis entrevistado>> arriesgó el más popular de los periodistas españoles. Acepté, claro está, y cuando José María vio el periódico no hizo ningún comentario, no volvimos a hablar de los tres mil duros. A él, que tanto me había ayudado en uno de los momentos más delicados de mi vida, no era cuestión de reclamarle deudas de boquilla. [...]



Miguel Vidal pregunta a Alí.



Trabajamos para traerte más obras y te esperamos en
www.editorialfoc.me